



Erasmus Zazueta

La Tortuga y Aquiles

Por fin, según el cable, la semana pasada la Tortuga llegó a la meta. En rueda de prensa declaró modestamente que siempre temió perder, pues su contrincante le pisó todo el tiempo los talones. En efecto, una diezmillonésima de segundo después, como una flecha y maldiciendo a Zenón de Elea, llegó Aquiles.

Augusto Monterroso en: *La oveja negra y demás fábulas*.



el duende
director: luis urquieta m.
consejo editor: alberto guerra g.
benjamín chávez c.
erasmo zarzuela c.
coordinación: julia garcía o.
diseño: david ángel illanes
casilla 448 telfs. 5276816-5288500
e-mail: oruducnde@latinmall.com
duendejulia@hotmail.com

Zona Franca

Oruro S.A.



Recordando al amigo

Hoy, hace poco, un par de horas más o menos, al salir de una biblioteca, Rodolfo Ortiz me regala un ejemplar, de los dos o tres que tiene, del número 4 de *atar a la rata*, la publicación mensual que se edita en Cochabamba. Acaba de regalársela Juan Mac Lean, me dice. Le doy las gracias y la guardo doblada, como me la dio. Llego a casa, enciendo las luces, cuelgo las llaves y abro sus páginas. Tengo la mala costumbre de ojear las revistas de atrás para adelante, como al descuido, como al intento. De hecho, ya en el ascensor había leído un párrafo de la contratapa. Lentamente llego al poema de Eduardo Mitre: *Réquiem por el viajero* y veo al pie la foto de un muy querido amigo y me quedo quieto y en silencio y por un instante nada pasa a mi alrededor. Me precipito sobre los primeros versos, sobre los últimos, sobre el resto de la página buscando el momento, el cómo del nefasto suceso, pero la pena borra las palabras. Tras una pausa que me lleva a cerrar el texto como para no creer lo que ahí dice que sucedió, emprendo la lectura del poema y vuelvo a verlo. No cabe duda es él y Eduardo Mitre, quien lo trató mucho más, lo confirma: *la vida azarosa de Ives Froment: / siempre yendo y viniendo / entre Bruselas y Cochabamba*.

No recuerdo dónde lo conocí, pero lo más probable es que fuera en la casa de Pochi Salinas, la casa más acogedora de Cochabamba, allá por el 95 ó 96. Por mucho que lo intento no logro recordar el momento preciso, aunque doy por descontado que quien me lo presentó fue ella o quizás Berny su hermana, otra gran amiga. ¿Acaso estabas Ives entre la multitud de invitados que colmaban las habitaciones y desbordaban hasta el jardín una noche de copas y más copas a propósito de nada o casi nada y sin embargo todo, como era (¿es?) habitual en esa casa? El caso es que nos vimos no más de 6 ó 7 veces en la vida, lo suficiente para saber que eras mi amigo. ¿Por qué sino me contarías de aquella vez que en tu tierra natal, cuando el profesor de la escuela te retaba por querer sacar de la biblioteca un libro por día para las vacaciones, diciéndote que leer a ese ritmo era imposible, ignorando que tú así lo hacías ya desde hacía mucho? ¿Por qué sino aquella noche en medio de otra animada fiesta, esta vez en Oruro, en la casa de René Antezana compartiste largamente conmigo, sentados en un rincón, tu pasión por Cesare Pavese? ¿Por qué sino nos agarramos a golpes y cabezazos de cariño y nos fuimos a beber botellas de singani y no sé qué otras pócimas hasta perder la cuenta, esa vez que casualmente nos encontramos en el lugar más inesperado? -Mi apellido es Trigo- decías y reías y chocabas las copas con tanta fuerza que hasta rompimos una y rajamos otras.

Es curioso, pero ahora que lo busco, no encuentro tu libro de poemas en esta otra, pequeña biblioteca donde *con pocos, pero doctos, libros juntos, / vivo en conversación con los difuntos...* Me refiero a ese que escribiste en español y lo publicó El Hombrecito Sentado. No importa. Tus versos siguen presentes y desde algún escondrijo me saldrán al encuentro el día menos pensado y será como volver a vernos. Es curioso que ahora te escriba esto, en estas líneas medio perdidas que no saben bien si encaminarse a la reminiscencia, la confesión, el homenaje sincero y solitario al amigo ausente. Es curioso que esta página haya convocado varios nombres ya y muchos otros miran su escritura sobre mi hombro. Aprovechemos ahora y saludemos a todos, cordial como eras y, ya para terminar, déjame contarte que la última vez que te vi, caminabas por el patio de la Universidad Católica, mientras plácidamente se iba un día de agosto. Saliste de la biblioteca etnológica y yo te vi desde la ventana de un aula del primer piso. No te pude hablar pues, ¡maldita sea!, estaba rindiendo examen. Tú cruzaste sereno y para siempre la tarde de Cochabamba. C'est tout mon ami.

(Jueves, 4 de agosto de 2004)



Benjamín Chávez